

LA INTERPRETACIÓN DEL SER NACIONAL EN CLAVE INDÍGENA: ARMANDO SOLANO*

Atahualpa Hernández Miranda**
aherna27@eafit.edu.co

Resumen

Este artículo analiza el concepto de ser nacional en la obra de Armando Solano *Melancolía de la raza indígena*. Propone como marco conceptual la indagación por el ser americano, especialmente a través de lo expuesto por Irlemar Chiampi. Examina en la obra de Solano su estrategia discursiva para configurar en clave indígena la interpretación del ser nacional, sus características literarias y algunos alcances que se desprenden de su postura.

Palabras Clave

Armando Solano, ensayo, Melancolía de la raza indígena, ser nacional,

Abstract

This article analyzes the concept of a national being in Armando Solano's work *Melancolía de la raza indígena*. It proposes a conceptual framework for the inquiry to be American, especially through the investigation by Irlemar Chiampi. It examines in the work of Solano the discursive strategy to set in the key Indian interpretation of national identity, their literary characteristics, and some scopes that may occur for his point of view.

Key Words

Armando Solano, literary essay, Melancolía de la raza indígena, national.

* El texto es resultado parcial de la investigación "Imágenes de la nacionalidad y la continentalidad: La representación del ser nacional y continental en el ensayo literario colombiano de los siglos XIX y XX", realizada en el marco del semillero de investigación de la Maestría en Hermenéutica literaria, adscrito al Departamento de Humanidades de la Universidad EAFIT.

** Candidato a Magíster en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT. Teólogo, FUSBC. Profesor catedrático en la facultad de Teología de dicha universidad. Miembro del Semillero de Investigación de la Maestría en Hermenéutica Literaria, EAFIT.

Introducción

Hacia finales del siglo pasado y desde múltiples campos de estudio, proliferaron investigaciones que destacaron la importancia de examinar los mecanismos que permitieron a los pueblos latinoamericanos consolidar su identidad nacional. Dichas pesquisas sostienen que la representación del ser nacional en la escritura ensayística es un componente fundamental de la posterior construcción de la nación moderna en nuestro continente (Robles, 1996: 3). En lo que a nuestro país se refiere, y más específicamente, a la región cundiboyacense, Armando Solano es uno de los pensadores que se destaca por su aporte a esa construcción. Es por ello que a través de este estudio se pretende delimitar las estrategias retóricas que configuran, en su obra *La melancolía de la raza indígena* (Solano, 1983), la representación de la nacionalidad y la continentalidad. En dicho texto es evidente que, a diferencia de otros pensadores contemporáneos, Solano encalla su concepción del ser nacional en una emoción: “la del dolor callado de una raza que se extingue” (115). Su búsqueda del ser nacional se hunde en las raíces indígenas para destacar en ellas su resignación, su abnegación, su melancolía. Indagar en la interpretación del ser nacional en el texto de Armando Solano permitirá reseñar las construcciones imaginarias de la nación en clave indígena, buscando observar en ella uno de los procesos configuradores de nuestra identidad regional, nacional y continental.

La búsqueda de la identidad

Las décadas de 1920 y 1930 presenciaron el crecimiento vertiginoso de producciones escritas que conjugaron la búsqueda afanosa del ser nacional con una interpretación de la identidad en clave indígena. Dicho fenómeno, es pertinente considerarlo a la luz de un marco más amplio, es decir, la pregunta por América. Para la autora brasileña Irlemar Chiampi, “la indagación sobre lo que es América ha sido, sistemáticamente, la fuerza propulsora y profundamente vitalista del pensamiento hispanoamericano”. (1983: 121). Según Chiampi, ha existido una larga y profunda trayectoria al interpretar el ser americano desde diferentes perspectivas que “ha producido un discurso incesante y coherente” y que bien “pudo constituir la etapa [más] intensa de la ensayística hispanoamericana” (1983: 121). De tal magnitud es la relación entre la

ensayística continental y la indagación por lo americano que la autora, en una etapa más madura de su carrera como investigadora, puntualizó: “la posición crítica acerca de lo que es América determinó la ensayística de los más destacados escritores hispanoamericanos” (Chiampi, 2006: 22).

En América, la conceptualización de la cultura nacional tuvo el poder de dar cohesión a la tarea intelectual de reunir y multiplicar proyectos. Lo que se comprueba fácilmente si advertimos que no existió intelectual prominente en su tiempo que permaneciera indiferente a la problemática de la identidad (Chiampi, 2006: 22). Si se considera la obra de Sarmiento y Martí en el siglo XIX o la de Rodó, Vasconcelos, Henríquez Ureña, Martínez Estrada, Ortíz Fernández en el XX, es evidente que las respuestas a la interpretación del ser nacional contemplaron, entre otros temas, las crisis históricas, las presiones políticas y las influencias ideológicas como fuente de reflexión. ¿Qué es entonces lo distintivo de la etapa que estamos considerando? ¿Qué fue lo que aportó a la búsqueda de la identidad de los pueblos latinoamericanos? ¿Qué caracterizó ese conjunto de voces que se unió para señalar al indígena como clave interpretativa del ser nacional?

La concentración de los autores hispanoamericanos en la indagación sobre el ser americano en clave indígena puede plantearse desde varias perspectivas, no necesariamente excluyentes. Los acercamientos sociológicos, históricos tanto como los literarios, ofrecen luz para interpretar este fenómeno. Por ejemplo, según una concepción sociológica “en la vertiente del indigenismo de los años veinte, el indio significa no ya el objeto de belleza, ‘engendrador de eternos goces’ como dijera Reyes³, sino el símbolo de la nacionalidad, el mártir de la colonización, el héroe de la resistencia a las deformaciones capitalistas” (Chiampi, 1983: 147). El discurso americanista de los años veinte se inscribe entonces, según este tipo de acercamiento, en una tentativa programática de rencontrar las raíces perdidas, de reinventar la mitología del porvenir y esa aventura puso definitivamente la América india en el centro del debate (Chiampi, 1983: 153-154). Desde otro ángulo, investigadores como González Echevarría han entendido la presencia del tema indígena en la narrativa latinoamericana como

³ Alfonso Reyes es uno de los autores que también abordó la interpretación del ser nacional especialmente en su texto *Visión de Anáhuac*. Para un estudio de la obra de Reyes véase: Foster, David. (1983). Especialmente el capítulo “La transtextualización literaria en *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes”. También considérese. Luis Leal (1970). En particular el capítulo: “La Visión de Anáhuac, de Alfonso Reyes: tema y estructura”.

un intento de adaptación a los discursos autorizados. Para él la manera en que la cultura latinoamericana se entiende a sí misma en sus narraciones está atravesada por la mimesis de un discurso hegemónico. Visto así, la narrativa latinoamericana ha hecho mimesis sucesiva del discurso legal, del discurso de las ciencias naturales, y del discurso de la antropología, en los siglos XVIII, XIX y XX respectivamente. Su estudio se ha dirigido a “la peculiaridad diferenciadora de América Latina como ente cultural, social y político desde el cual narrar” (Echevarría, 2000: 34). En ese sentido, la presencia de una conciencia diferenciadora en el discurso indigenista de los años veinte evidencia las “ficciones que se ha creado la cultura latinoamericana para entenderse así misma” (Echevarría, 2000: 45). Por otra parte, cuando recorridos históricos, como por ejemplo la *Storia Antica del Messico* (1780-1781) del Padre Francisco Xavier Clavijero, defienden “el potencial creador de la cultura náhuatl, inclusive desde los ángulos científico, lingüístico y religioso” (Chiampi, 1983: 131), no hacen otra cosa más que señalar los “claros síntomas de los nacientes nacionalismos americanos” (Chiampi, 1983: 131). Es por eso que Chiampi puede señalar que ya Sarmiento⁴ había relacionado, en *Facundo* (1974), la imagen de la América bárbara con “el sustrato indígena” (Chiampi, 1983: 138), preparando al lector para demostrar cuán importante era, para la ensayística del continente, reivindicar el aporte que el indígena ofrecía a la interpretación del ser nacional. En tal orden de ideas, se puede sostener que, para las décadas del veinte y el treinta, la *expresión americana*⁵ había cristalizado ya en una verdadera tradición que no excluía la vertiente indígena. En su lugar, se constituía como una variante de los discursos precedentes. La pregunta que surge ahora es: ¿en qué modo incluyó el discurso producido en dichas décadas la vertiente indígena?

Inicialmente se podría responder a esta pregunta señalando dos aspectos. Por un lado, se encuentra la rehabilitación del indígena al considerarle objeto estético, objeto social y político. En términos de Chiampi “el discurso americanista de este siglo [XX] se caracteriza por el esfuerzo sistemático de (re)construir la imagen eufórica de América” (1983: 140). Pero, sumado a ello, existe un factor arqueológico y etnológico con el descubrimiento de portentosas

⁴ Un estudio interesante sobre el tema se encuentra en: Sarmiento, Domingo Faustino (2009). “Facundo o civilización y barbarie. Letras y pensamientos en el Bicentenario”. Villa María – Argentina, Editorial Eduvim.

⁵ Chiampi prefiere la expresión: el “pensamiento americanista”, Cfr. Chiampi, Irlemar. (1983). En el presente trabajo se usan como sinónimos.

ruinas en la costa andina y en el altiplano mexicano (Cfr. Chiampi, 1983: 145). Además se debe abonar la divulgación en América de ideas filosóficas como las de Spengler que favorecieron una consideración de las sociedades indígenas al rehabilitar sus componentes raciales. Estas nuevas situaciones permiten que los escritores de las décadas del veinte y del treinta puedan proponer sus ideas. Quienes participaron de ese esfuerzo se apoyaron, en su gran mayoría, “en la crítica de los preconceptos que nutrían la ideología de la ‘inferioridad natural’ de los pueblos del sur, para rehabilitar el concepto de América como reserva de los ideales humanitarios de la cultura occidental” (Chiampi, 1983: 140).

Una segunda razón para entender la concentración de los autores hispanoamericanos en la indagación sobre el ser americano en clave indígena es de carácter ontológico. En esa búsqueda agónica y contradictoria de la identidad del ser latinoamericano, el resultado es la conciencia de la diferencia, cuya función es estimular un proyecto de superación de la marginalidad histórica impuesta a los pueblos latinoamericanos. Los escritores que abordaron la interpretación del ser nacional en clave indígena supieron aprovechar al máximo esa conciencia de la diferencia. Dicha conciencia ya había tenido antecedentes. En textos como *Nuestra América*, de José Martí (1891), o *Ariel*, de José Enrique Rodó (1900), ya se observa una intensificación del discurso americanista. También son una especie de predecesores a la conciencia de la diferencia el texto, ya mencionado, *Visión de Anáhuac (1519)*, de Alfonso Reyes (1915), en el que se vincula las actitudes del mexicano actual con las de los aztecas anteriores a la Conquista. Así mismo, *La raza cósmica*, de José de Vasconcelos (1925) es quizá la obra que sintetizó, en su época, la esperanza de sustancia diferenciadora y que, probablemente, inició la valoración del mestizaje. Los límites impuestos en este trabajo sólo nos permiten examinar la conciencia de la diferencia en el texto de Armando Solano *Melancolía de la raza indígena*. Para hacerlo debemos preguntarnos de qué manera se configura la interpretación del ser nacional en clave indígena en la obra de Armando Solano.

Antes de contestar dicha pregunta es necesario ahondar un poco en algunos aspectos que rodearon la vida de Solano. Por tal razón, se presentará brevemente su vida y obra con el fin de ofrecer al lector elementos contextuales que sirvan para el posterior análisis de su aporte a la interpretación del ser nacional.

Armando Solano: Un literato extraviado⁶

Armando Solano nació en Paipa (Boyacá) el 17 de diciembre de 1887⁷. El Colegio de Boyacá le concedió en 1903 el diploma de bachiller. En Bogotá, estudió literatura y filosofía en el Colegio de los Hermanos Cristianos y en el Colegio San Bartolomé. En 1907 obtuvo en la Universidad Republicana el título de doctor en Derecho y Ciencias Políticas. Su disertación, *Apuntaciones sobre papel moneda* (1907), versó sobre la historia del papel moneda en Colombia.

Su formación académica le permitió ejercer como abogado⁸ (Bogotá, 1908); fiscal (Tribunal Superior de Santa Rosa de Viterbo, 1909); funcionario del Ministerio de Relaciones exteriores (Sección de límites, 1910); diputado a la Asamblea Departamental de Boyacá y representante al Congreso Nacional (1917, 1918, 1921 y 1922). Además, fue presidente de la Comisión de Legislación Administrativa de la Cámara de Representantes (1921, 1922); vicepresidente de la Asamblea Liberal (Tunja, 1917); delegado, por el departamento de Boyacá, a la Convención Nacional Republicana (1916) y a la Convención del Partido Liberal (desde 1917 hasta 1922); y delegado, por la Comisaría de Arauca, a la Convención de Ibagué (1922). También fungió como cónsul en Burdeos y Amberes y senador de la República. Sin embargo, su papel más sobresaliente lo cumplió como periodista y literato. En la primera de esas labores, se destacó por dirigir la *Revista Nueva* (1905); redactar en *El Debate*, *La Lucha*, *El Sufragio* (1909) y, posteriormente, en *El Diario Nacional* (1912). Además colaboró en *Gaceta Republicana* y en *El Tiempo* (1911). Fundó *La Patria* (1913) y el semanario *Sábado*, en donde participó denodadamente (1943-1945). En el diario *El Espectador* hizo famoso su seudónimo *Maitre Renard* por sus notas y artículos misceláneos que aparecieron sin interrupción a lo largo de seis

⁶ El propio Solano nos ofrece una frase que provoca este título. En entrevista concedida a Abelardo Forero Benavides para el semanario *Sábado* confesaba: “No sé si soy un literato extraviado en la política, o un político extraviado en la literatura” (Cfr. Forero, 1944: 1).

⁷ Son pocos los estudios biográficos que se han dedicado a Armando Solano. Destacamos los que se encuentran presentes en el prólogo de *Glosas y Ensayos: 1923-1945*. (1980) elaborados por J. G. Cobo Borda y Daniel Samper Ortega. El artículo de Cobo había aparecido ya en 1979 como reseña por la próxima aparición del libro de Solano. Cfr. Cobo, J. (1979). Así mismo, se debe considerar el estudio que Eduardo Caballero Calderón realizó y que el Banco de la República incluyó en el prólogo a la edición de 1972 de *Melancolía de la raza indígena*.

⁸ Una detallada síntesis de los cargos ejercidos por Armando Solano hasta el año de 1922 se encuentra en la presentación que de él se hace a la Convención de Ibagué (Cfr.: Solano, Armando. Paz, Felipe. (1922). *Convención de Ibagué*. Bogotá. Editorial de Cromos.

años. En cuanto a su labor como literato su producción es abundante y de muy alta calidad. Sus publicaciones incluyen *Melancolía de la raza indígena* (1929), *El alma boyacense*, *La situación del campesino en Colombia*, y *Ciudades de Colombia*; recogidos, por primera vez, en la *Selección de Literatura Colombiana N 10* hecha por Daniel Samper Ortega bajo el título *Prosas* (1937). Ya en esa edición, Samper Ortega se quejaba de que el público colombiano no gozaba de una compilación completa de las obras de Solano. Fue sólo hasta 1980 cuando el Instituto Colombiano de Cultura atendió la queja de Samper y publicó algunos de los artículos de Solano aparecidos inicialmente en diarios como *El Espectador*, *Revista Patria* (1924-1926), *El Diario Nacional* (1927), *Revista Universidad* (1929), *El Tiempo* (1935), *Acción Liberal* (1937), *Sábado* (1943) y *Revista de América* (1945), bajo el título *Glosas y ensayos*⁹.

Torres (1991) caracteriza a Armando Solano, en la reseña que hiciera al semanario *Sábado*, como un “boyacense representante de un fugaz liberalismo utópico que dominó buena parte del pensamiento político colombiano de la primera mitad del siglo” (3). Y más adelante sostiene “Solano [era] un ensayista, a veces denso, que se había consagrado a definir los rasgos constitutivos de nuestra cultura, disfrutaba de gran prestigio en el medio literario” (4). Correa recoge en su libro, *Historia de la literatura boyacense* (1951), algunas apreciaciones que, figuras como Antonio Gómez Restrepo, hicieran de Solano. Según este último, Solano “es en la literatura un escritor de gusto clásico. Su prosa es castiza, elegante y enérgica. Ha escrito bellas páginas sobre la raza indígena de Colombia [...] cuyos rasgos característicos ha sabido fijar con simpática penetración” (26). Además, señala Correa, que el padre José J. Ortega Torres decía de los libros de Solano, *Glosario sencillo* y *Melancolía de la raza indígena*: “encierran páginas muy bellas, de antología, de encantadora sencillez y transparencia de estilo” (1951: 26). Los testimonios de Torres y Correa, nos permiten proponer una suerte de balance a la recepción del trabajo de Solano. Es lamentable que su obra sólo se conoció parcialmente, que se vinculó casi siempre con sus afiliaciones políticas y poco con su genio literario y que estuvo dominado por las ideas propuestas en su ensayo *Melancolía de la raza indígena*.

El breve recorrido por la vida y obra de Solano antes presentado es antesala para involucrarnos en el estudio que ahora nos ocupa. Es notorio que las circunstancias que rodearon su vida, la

⁹ Entre las producciones de Solano con un propósito más político que literario se puede nombrar: *Convención de Ibagué* (1922), *Carta al doctor José Joaquín Casas sobre cuestiones religiosas* (1933). También se observa su genio literario en las obras que prologó: *Candillos liberales* (1936) y *Ciudades de Colombia* (1945).

formación académica que recibió, su labor como periodista y literato, y los intereses reflejados en los diarios y semanarios por él fundados o en los que participó, le conceden al texto *Melancolía de la raza indígena* una impronta personal. Por otra parte, como ya se observó en la primera sección de este escrito, la indagación por el ensayo de interpretación del ser nacional en clave indígena impulsó unas características específicas que la diferenciaron de otras aproximaciones, y le imprimió un carácter particular a la pregunta por el ser nacional. Es la conjugación de esa doble singularidad lo que nos permite hablar de la propuesta de Solano.

Solano y la interpretación del ser nacional

Son más bien pocos y recientes los estudios que han identificado la obra de Solano, *Melancolía de la raza indígena*, con el ensayo de interpretación del ser nacional. Entre ellos vale destacar los elaborados por Torres (1991), Bastidas (1998), Ocampo (2001) y Landínez (2003). La mayoría de dichas investigaciones no llega a proponer una relación directa entre la obra de Solano y la interpretación del ser nacional, sino que más bien, preparan las condiciones necesarias para realizar tal estudio¹⁰. Nos proponemos a continuación examinar brevemente las consideraciones de estos cuatro autores y, a partir de ellas, esbozar unas cuantas líneas que den cuenta de la manera en que la interpretación del ser nacional se ve en la obra de Solano.

Uno de los primeros estudios que puso atención a la producción de Solano se concentró en su semanario, *Sábado*, más que en la obra literaria que aquí estamos considerando. Para Torres, autor de ese estudio, el semanario fundado por Solano “no creó ni reunió una generación” pero sí se caracterizó por “el interés o la indagación en la realidad nacional” (1991: 6). No es un secreto que Solano en su semanario intentaba convertir en cultura los intereses de todos. A tal punto es cierto esto, que su publicación se promovía así: “Un semanario para todos al servicio de la cultura y la democracia” (Solano, 1921: 1). Esa noción de cultura, eminentemente

¹⁰ A diferencia del análisis realizado por el profesor Efrén Giraldo en: *Negroides, simuladores, melancólicos: El ser nacional en el ensayo literario colombiano del siglo XX* (2012), en el que sí se destacan varios ensayos del siglo XX y en donde es visible una preocupación por auscultar su relación con el ensayo de interpretación nacional. En especial, el capítulo sobre Solano demuestra que: “Ensayistas como Armando Solano emprenden una actividad de interpretación que es importante no sólo por su tema sino por su inocultable voluntad poética y el interés en encontrar explicaciones más satisfactorias” (texto manuscrito).

social, está en la base de lo que Torres llama costumbrismo. Para él, la tarea que Solano se propuso fue “hacer de los hábitos y gustos sociales un canon, un patrón o una tipología en que se reconozca lo colombiano como un valor” (Torres, 1991: 5). En nuestra opinión, la meta del semanario identificada por Torres en la anterior cita ya había sido alcanzada, aunque a menor escala, por la producción de Solano *Melancolía de la raza indígena*.

Unos años después del estudio de Torres, Bastidas propuso considerar la relación de la tristeza ancestral de los indígenas con la visión que Solano tenía de nuestra nación. Uno de sus mayores aciertos es vincular los textos de Mariátegui y Solano. En su artículo, señala que no es coincidencia que, por el mismo tiempo en que el primero presentaba su tesis *El problema de las razas indígenas en América Latina* en la Primera Conferencia Latinoamericana reunida en Buenos Aires (junio de 1929), el segundo leía su conferencia *La melancolía de la raza indígena* en el Teatro Municipal de Tunja (marzo¹¹ 1929). En nuestra opinión, las similitudes no son solamente cronológicas, sino que hacen parte, como se ha sostenido, de los “aires” que por aquella época impregnaban toda consideración de la ensayística de interpretación del ser nacional. Para Bastidas, el que Mariátegui identifique el problema de la tierra como sustancialmente ligado al asunto indígena no está lejos de lo que Solano propone. De los puntos coincidentes entre Mariátegui y Solano, podemos considerar, por ejemplo, la insistencia en que es el propio indígena el protagonista de los cambios anhelados. Si bien aprueban una intervención externa, el gobierno para el primero, la iglesia Católica para el segundo, es el indígena quien se constituye en esperanza de superación para las naciones a las que pertenecen. Ambos consideran que la expropiación de la tierra por parte de los extranjeros fue punto de partida para todas las vejaciones cometidas en su contra y que su devolución constituirá principio de camino para su completa reivindicación. Bastidas lo plantea de la siguiente manera: “Para Mariátegui el problema del indio peruano se identifica con el problema de la tierra. Su trabajo, su miseria y su ignorancia, no son sino consecuencia de la servidumbre en que vive” (1998: 3). En cuanto a Solano considera que “en sus escritos indigenistas no hizo sino presentar la radiografía de un sector social al que jamás le han faltado razones para ser melancólico y vivir

¹¹ Las ediciones de 1929, 1972 y 1983, no ofrecen al lector información acerca del mes en el que se pronunció el discurso de Solano. Sin embargo, indagaciones hechas en la base de datos de la hemeroteca de la Biblioteca Luis Ángel Arango (Bogotá) indican como más probable el mes de marzo para su realización. Ver por ejemplo los comentarios que ya celebran la aparición de la obra de Solano: Editorial del Heraldo de Antioquia. Vol. 3 Núm. 487 (Ene. 19) p. 9 col. 1-2.

agobiado por el sentido trágico de la existencia” (Bastidas, 1998: 4). De la mano con las similitudes debemos reconocer las diferencias entre los dos planteamientos. Para Mariátegui (2007) la redención del indígena ha de venir de “su propia conciencia revolucionaria” (38), de “la solidaridad fraternal de los demás sectores explotados” (44), en últimas, de la acción justiciera de un gobierno que le vincule a nivel nacional (45). Solano, por su parte, observa con fervor mesiánico la realidad del indígena boyacense y clama por una redención que proviene, no de la toma de conciencia, ni de la lucha revolucionaria, ni de la solidaridad de los otros oprimidos ni de un gobierno de obreros y campesinos, sino de “la restauración del tipo de hacienda patriarcal, en donde el indio, sin dejar de ser sirviente o peón, fuera tratado con cariño¹²” (Solano, 1929: 66). Si bien Bastidas acierta al relacionar a José Carlos Mariátegui con Armando Solano, aún está ausente, en las líneas de su artículo, un examen más minucioso de las posiciones comunes que recorren los textos de los autores peruano y colombiano.

Ocampo es otro de los pocos investigadores que se ha preocupado por relacionar a Solano con la interpretación del ser nacional. En los dos tomos de su estudio, *El imaginario en Boyacá: La identidad del pueblo boyacense y su proyección en la simbología regional*, se revisa cuidadosamente la manera cómo han influido los escritores de este departamento en definir y configurar la, llamada por él, “identidad boyacense”. En tal sentido sostiene que “algunos ensayistas se han preocupado en Colombia por auscultar e interpretar la psicología colectiva de nuestro pueblo” (2001: 26). Ocampo se identifica con la concepción que ve a Solano como creador de “un género literario lleno de rebeldía, de piedad y franqueza” (2001: 21). Tal concepción es rastreable hasta el mismo prólogo de *Glosas y ensayos* (1937), donde Samper había equiparado a Solano y Hernández con Carrasquilla y Rendón. Los primeros, “creadores en Antioquia de un género, risueño y pintoresco [...] con toques picarescos y optimistas, que hacen del antioqueño un trotamundos afortunado” (21). Los dos boyacenses señalan los sentimientos “trágicos, hoscos, miserables que distinguen al indio de los páramos, [...] sin la sonrisa de una fuente, sin la protección de un árbol” (21).

¹² Causa sorpresa la medida paternalista que ofrece al problema del alcohol en los indígenas: “El Estado tiene la obligación de ejercer una cierta tutela sobre los grupos a quienes no les ha dado principios ni conciencia, a quienes urge defenderlos de sus propios instintos, atávicamente depravados. Que el labriego cuyo derecho al alcohol, es decir, al olvido, a un poco de felicidad negativa, no niego, beba en la aldea, *bajo la vigilancia de la policía*” (Solano, 1929: 11 cursivas añadidas).

Finalmente, refirámonos a Landínez y su breve comentario a Solano. Su estudio, *Síntesis panorámica de la literatura boyacense*, pasa revista a casi la totalidad de los escritores de ese departamento desde sus inicios aborígenes hasta la actualidad. Mediante la incorporación de extractos de las obras más representativas, intenta ofrecer al lector una visión de conjunto a dicha literatura. Sus páginas están llenas de claros análisis acerca de la manera en que se relaciona la escritura y la formación de la identidad. Lamentablemente, al multiplicarse los autores a examinar se pierde la profundidad de la reflexión. Tal vez sea precisamente la magnitud de la empresa abordada por Landínez lo que no permite un mejor tratamiento del texto de Solano. Su estudio recuerda que Solano “fue de los primeros en penetrar la existencia de nuestro pueblo como un grupo étnico definido” (2003: 386). Además, considera que acertó “en apuntar y distribuir los componentes de nuestro carácter; en advertir nuestra fallas y nuestras excelencias” (2003: 386). También identifica las limitaciones del texto de Solano. Por ejemplo al dictaminar que “mira todo aquello [el carácter, las fallas, las excelencias boyacenses] a través del engañoso cristal del paisaje y con unos ojos empañados de fraternal saudade” (Landínez, 2003: 386).

A pesar de los escasos comentarios a la obra de Solano, vemos en los autores considerados en esta sección un primer esfuerzo por destacar ciertos componentes de su obra y, aunque sea tímidamente, relacionarlos con la identidad. Destaquemos ahora los elementos que, a nuestro parecer, demuestran una clara correspondencia entre la obra de Solano y la tarea que se propusieron los ensayistas de la interpretación del ser nacional.

La melancolía de la raza indígena y el discurso sobre el ser nacional

Se pueden citar, para iniciar esta sección, algunos versos de *Tabaré*¹³ para internarse en la manera particular en la que la obra de Solano propone considerar el ser nacional:

¹³ No sobra insistir en la pertinencia de los versos pues hacen parte de las referencias directas que se hayan en la obra de Solano *La melancolía de la raza indígena*. Al respecto el boyacense afirma: “Tragedia única, tragedia sin ejemplo en la historia, porque ninguna raza fue jamás absorbida tan tiránicamente como la indígena americana, que no obstante, con la sola excepción de *Tabaré*, la obra maestra del poeta del Uruguay, no ha tenido eco en las líneas de un poema trazado por sus propios cantores” (Solano, 1972: 56).

¿Oyes el canto? Ya anda entre las ramas
Con su canto el urú:
El pájaro que anuncia las auroras. Y llora por la luz.
¿No lo sientes? Es triste como el indio (Zorrilla, 2005: 181).

Los versos del poema del autor uruguayo señalan el ángulo desde el que Solano hace su aporte: el de una emoción, el de la tristeza, el de la melancolía. Como ya se señaló, en el ensayo de interpretación del ser nacional en clave indígena se privilegian diferentes matices. Algunas veces fue la recuperación de la tierra, otras la valoración del indígena como objeto estético, en Solano es la melancolía. Antes de Solano no había sido considerado el sentimiento de la melancolía como constitutivo del ser nacional. En su escrito se sostiene vehementemente que las reacciones ante la vida, la muerte y el amor llevan ese único sello de emoción (Solano, 1929: 54). Una y otra vez se insiste en que tal característica es singular al habitante boyacense proveniente de su ancestral pariente indígena. Sin embargo, tal emoción para Solano no es un signo de inferioridad sino que se yergue como baluarte. De tal suerte que eleva, depura y fortalece al hombre hasta hacerlo capaz “de las más ingentes encarnaciones de la realidad” (1929: 54). El valor concedido por Solano a la melancolía caló tan fuerte en la concepción del ser nacional, por lo menos a nivel regional inicialmente, que tan sólo unos años después autores como Villegas (1939) caracterizaban a Tunja, capital boyacense, como “la plenitud del dolor, la madurez de la melancolía” (339). Un lugar donde “la tristeza humana ha llegado a ser una materia plástica” (340), en donde “hasta la misma alegría es un poco triste” (339). Nótese además que para Villegas “Popayán y Tunja son los depósitos de la energía nacional, los ejes espirituales de la patria” (1937: 340). Por eso más adelante considera: “Su aportación al país consiste no en valores intelectuales o económicos, sino en el *‘ethos’*, en el carácter, en ciertas virtudes primitivas y salvajes” (341). Ya se advierte, en las palabras de Villegas, incluso una transición de la esfera regional a la nacional. Una mirada que permite que “sus ojos asombrados no miran hacia afuera; sus oídos no escuchan los ruidos que llegan del mundo, [sino que] sus miradas se vuelcan hacia lo interior y encuentran su tranquilidad en el reposo” (341). Por otro lado, aun los detractores de Solano reconocieron lo hondamente arraigadas que se encontraban sus reflexiones tan sólo unos pocos años después de publicado su texto. Paredes (1945), quejándose por la propagación de las ideas de Solano, reconocía: “cuando se hablaba de Colombia, de sus costumbres, de sus gentes, de su porvenir, era de rigor referirse a ella calificándola, como virtud, a la melancolía de la raza indígena” (435). En opinión de

Paredes, en estamentos como “la música, la poesía, la pintura y hasta en el amor rondaba su sombra como una nube. Tanto se le nombró que nuestro pueblo, por demás sugestionable, acabó por creerlo” (435). Muy a pesar del juicio de Paredes, justamente a esos estamentos había dirigido su atención Solano en *Melancolía de la raza indígena*. Sus páginas pasaban inventario a las maneras en las que se constata la melancolía de la raza indígena en la música, la arquitectura y hasta las tormentosas relaciones amorosas que cargaban con el predominio que esa emoción produce.

El escrito de Solano tiene una percepción del indígena diferente a la de obras que le antecedieron. Como ya se señaló, Sarmiento había relacionado, en *Facundo*, la imagen de la América bárbara con “el sustrato indígena”, pero lo hizo con elementos como la perfidia, la indolencia, el primitivismo y la ignorancia. Contrario es el planteamiento de Solano. En su escrito la manera de apreciar la vida por parte del indígena sigue “un riguroso paralelismo con los más ascéticos apologistas de la doctrina cristiana” (Solano, 1929: 55). Es decir, se equipara al indígena con aquellos austeros personajes que dieron inicio a la vida monacal y quienes intentaban, por medio de sus prácticas alejadas de todo privilegio, observar una conducta más pura. Siguiendo esa línea mística, Solano provee una visión del indígena que no se deja deslumbrar por los goces efímeros de la existencia, sino que adopta una actitud que ha sido abonada por “largas meditaciones, macerada por la contradicción, por el contraste, por la duda, por los callados combates, [...] cerrado al fácil deleite” (1929: 54). Solano sostiene que la plena existencia del indígena ha estado sumida en la tristeza. Sentencia, por ejemplo, que “triste ha sido nuestra raza, triste es y será hasta la muerte” (1929: 54). Para algunos, sus palabras producen una sensación de desasosiego ante tan fatal destino. Sin embargo, no está alabando un pesimismo a ultranza. Más bien sus palabras parecen ceñirse a la, generalizada por esos días, propuesta de determinismo geográfico. Tal concepción sostenía que el problema en Hispanoamérica estaba sentenciado por el entorno geográfico (Cfr. Sarmiento, 1974). No obstante, Solano va más allá al plantear la carencia de mejores condiciones geográficas, no como una suerte de predestinación a la tristeza, sino como la manera en que ha respondido su raza a tan precaria condición: “el medio tropical en donde vive y de donde vino, le presenta un panorama avasallador, de imponente belleza, de complejidad desconcertante, que no tolera la pueril vanidad de suponer que lo vamos a dominar un día, a copiarlo, a comprenderlo o cantarlo” (1929: 54). En un comentario posterior, Solano subraya la resignación indígena que

más bien ha sabido asumir el papel que le corresponde. Tras describir las impresionantes características de la geografía nacional, puntualiza: “en un país así, no se explicaría el gesto fanfarrón de quien todo lo doma y señorea” (1929: 55). Por tal razón concluye: “la única actitud prudente, la única sabia, la que siempre adoptaron los hombres que tienen nuestros mismos orígenes es la resignación” (55). Hasta podría decirse que sus consideraciones van más allá de la simple identificación de un sentimiento y se inscriben en una propuesta de bienestar. Para Solano la melancolía indígena favorece el progreso. En su texto comenta: “si bien es cierto que no hay en nuestra raza característica más pertinente que la melancolía, esa melancolía hace del tipo humano que se mueve bajo su influencia, el más apto para un progreso sustantivo e integral” (Solano, 1929: 59).

En su texto, Solano lamenta la falta de eco que la tragedia indígena tuvo en los poemas nacionales¹⁴. Exceptúa el caso de Uruguay con *Tabaré*, y a Darío y a Amado Nervo por sus páginas de “milagrosa ternura y de inefable unción” (1929: 56). A éstos últimos los considera “leales a las tradiciones americanas” y escritores que “contribuyeron a señalar el porvenir del continente” (1929: 56). Solano se lamenta porque no existe en América “el libro, el himnario, la guía espiritual, en donde nuestras multitudes tuvieran compendiado lo cardinal de su sentimiento” (1929: 56). Ahora bien, no se trata de exaltar el sentimiento nacional desmedidamente. Como el mismo Solano lo explicó en 1935 en uno de sus artículos para *El tiempo*, “hay necesidad de acabar con el tipo de hombre patriota por ignorancia, que anda diciendo que Colombia es el mejor país del mundo, tipo apenas menos ligeramente desagradable que el opuesto: el que dice que nada es peor que su país” (Solano, 1935). Su concepción del ser nacional supera esos antagonismos ponderando lo verdaderamente nuestro. En tal sentido, en un artículo posterior, Solano realiza un considerable aporte al definir el ser nacional en términos totalmente novedosos. Para él “la llamada cultura colombiana, ha sido en primer lugar, literaria, nada más que literaria” (1943: 2). Contrasta especialmente su concepción “criolla” del ser nacional con la del escritor J. M. Restrepo quien, en su aporte a la misma

¹⁴ A pesar de eso, años antes había confesado en un extenso artículo cosas como: “Silva fue el poeta de su raza y de su medio, pese aun a su propia convicción tal vez” (Cfr. Solano, 1928: s.p.). “En sus páginas se percibe recatadamente la trémula devoción panteísta, el ritmo interior de una melancolía incurable; no de una individual y egoísta melancolía, sino colectiva y subconsciente”. O también: “Silva impuso al resto de nuestra América, como a España, la inefable languidez de una rima que se quiebra y se desvanece, pero en ninguna hora su poesía tuvo tal acento que hubiera podido pasar como escrita en cualquiera de estos países”. (Cfr. Solano, 1928: s.p.).

publicación, afirma: “la cultura colombiana, a mi parecer, apenas se halla en la etapa de estar asimilando lo ajeno” (2). Luego de enumerar los “alcances” del país en arquitectura, música, literatura, danza, Restrepo se queja porque “en partes no hemos hecho nada, y en partes lo hecho es imitación de fuera” y añade: “por ninguna parte veo ni la capacidad, ni los elementos, ni aun la conciencia definida a producir hechos culturales, característicamente colombianos, de importancia por su forma o por su contenido” (2). Contraria es la propuesta que aflora en *Melancolía de la raza indígena*. Como lo afirmó Forero: “La obra literaria de Armando Solano tiene una característica: es nuestra” (1944: 1). Forero exalta la “afortunada creación literaria” de Solano por ser “una de las pocas obras constitutivamente nuestras” (1944: 1).

Hemos visto que el ensayo de Armando Solano emprende una actividad de interpretación cuyo interés es proponer explicaciones alternativas a la indagación por el ser nacional. Veamos ahora su inocultable voluntad poética.

Las estratégicas retóricas de Solano

Para estudiar la manera como Solano configura su propuesta, es necesario considerar tanto lo que dice como la forma en que lo dice. Habiendo ya examinado, en el apartado anterior, lo primero, nos proponemos indagar ahora en lo segundo. Hagámoslo de dos formas. Primero, considerando el testimonio que algunos autores dieron con respecto a su obra, y segundo, identificando las estrategias retóricas a las que acude en su texto.

Para Cobo (1979), la obra de Solano perdura no tanto por la profundidad de sus reflexiones sino “porque a través suyo la tierra boyacense alcanza su definición más precisa” (57). Y, aludiendo a las líneas que Solano dedicara al paisaje boyacense, añade: “una expresión que la prosa de Solano vuelve inconfundible, en su contrapunto de vigor y medida” (57). En forma semejante se refiere Samper en el prólogo a *Glosas y ensayos* (1980). Para él, la importancia de Solano no radica en la extensión de sus escritos sino sobretudo en “el estilo, y si vale decirlo, en la densidad de colombianismo que rebosan” (21). Por su parte, Caballero Calderón, en el prólogo a la edición de 1972, sostiene que en *Melancolía de la raza indígena* las líneas de Solano “adquieren una cadencia, sobre todo una fragancia poética, que van más allá de las propias palabras” (10). Resumiendo sus apreciaciones al final del prólogo, Caballero sostiene: “Lo

perdurable que hay en la obra de Solano, más que su agudeza y su malicia indígena, es su poesía” (10) y más adelante, “a semejanza del inolvidable personaje de Moliere, Armando Solano hacía poesía sin saberlo” (11). Amplia cuenta de sus cualidades al escribir dan los escritores anteriormente citados por lo que, a modo de colofón, son pertinentes las palabras de Forero:

Hay que pensar en la corriente poderosa de emoción que cruza toda su obra, en el fondo de belleza que resplandece a través de sus páginas tersas, en la ternura panteísta con que canta su paisaje, su tierra, sus gentes, su historia, sus montañas, sus páramos, sus noches, sus riachuelos, para darse cuenta hasta dónde existe en Armando Solano un poeta auténtico (Forero, 1944: 1).

Es evidente que Solano supo aprovechar, en el ensayo *Melancolía de la raza indígena*, las habilidades que los autores antes citados observan en él. Por ejemplo, recurre a las más conocidas técnicas retóricas del ensayo. Aduce ignorancia sobre el tema a tratar (Cfr. Arenas, 1997). Entremezcla en sus líneas emoción y objetividad. Propone sus ideas como simples divagaciones de opinión (Cfr. Gómez, 1981). Apela a la generalizada percepción de la sociedad como árbitro acertado sobre un asunto. Ofrece frecuentemente metáforas que colman de imágenes sus meditaciones. Anuncia la terminación de su escrito sin llegar a ejecutarlo todavía y hasta termina en un tono tratadístico. Además, en el ensayo de Solano se evidencian tópicos tan reiterados como la reinterpretación de conceptos preformados culturalmente (Cfr. Adorno, 1962: 11-36) o su cercanía con el juicio y el proceso mismo de juzgar (Cfr. Lukács, 1985: 15-39).

Veamos puntualmente cómo y dónde ocurre eso. Establecidos los antecedentes que configuran el contexto desde el cuál habla, Solano se incluye en la discusión del tema con las siguientes palabras: “Yo quisiera que si no os fastidia mi palabra, *tan poco prestigiosa*, me acompañarais a bordar levemente un estudio fundamental” (1972: 53, cursivas añadidas). También más adelante: “Acaso comencéis *a fastidiaros de oír* cómo se enfilan y suceden las palabras, sin que yo formule una doctrina o saque una consecuencia útil para la campaña que estamos los boyacenses resueltos a intensificar en defensa de la raza” (59, cursivas añadidas). En cuanto a la apelación a la mutua percepción, nótese por ejemplo la manera como retoma su tema después de haber disertado sobre la muerte, la guerra y el suicidio en la concepción del

indígena: “Me imagino que *estáis conmigo* en advertir este fúnebre sentido trascendental de la raza” (61, cursivas añadidas). Finalmente, sus palabras culminan con un aire propagandístico constatable en frases como: “organicemos el núcleo boyacense, y hagámoslo homogéneo, solidario y rico para las tareas de mañana” (67). O también, “veo muy próxima ya su transformación fundamental, porque estamos dotándola de vías para asomarse al mundo” (67).

Aunque Solano no se aproxima a la interpretación del ser nacional a través de una única metáfora, como lo hizo Carpentier con la arquitectura en *La ciudad de las columnas* (2004); si recurre a un híbrido entre los paisajes, la música, las costumbres, la guerra, la muerte, el suicidio, el amor, entre otros. Cada uno de los elementos tratados le permiten ver algo del ser boyacense. Sin reducir su texto a una sola imagen es capaz de discernir lo que aporta cada uno de ellas a la totalidad del cuadro. Ya Auerbach, en *Mímesis* (1996), señaló que el ensayo es el género más realista. Es un género mimético aunque muchos lo nieguen (12). Para Auerbach representación y auto-representación están presentes en el ensayo. Es como si se captara los movimientos de la conciencia *a calamo corrente*. Se quiere convencer al lector que el ensayista no ha pensado mientras escribe como si tuviese un halo informal. Todas esas características están presentes en el escrito de Solano. Auerbach prueba, para el ensayo en general, que hay un uso estético del uso argumentativo (Cfr. 50-54). En las líneas de Solano se hace presente tal consideración de forma muy particular. Aunque muchas de las interpretaciones que se han propuesto a la obra de Solano se asumen solamente desde una perspectiva ideológica y no consideran su dimensión literaria, notamos que existe gran provecho en abordarle de esa manera. Las consideraciones anteriores nos hacen pensar que efectivamente el ensayo de Solano adquiere dimensiones literarias. Que hay una visión íntima y melancólica. Que en su ensayo existe además una cierta forma de propósito. Parece una intención programada que muestra una crisis de la representación y ofrece una alternativa para que el lector la recorra a través de sus páginas.

Alcances de la propuesta de Solano

No deja de ser enigmático que hacia el final de su escrito Solano apele con “respeto al clero” y lo catalogue como “venerable institución” (1929: 67). Sorprende, especialmente, porque a

renglón seguido reconoce que: “[yo] no gozo de prestigio al interior de esa comunidad”. Basta con leer la correspondencia que a José Joaquín Casas enviara para evidenciar que su relación con la Iglesia Católica Romana no era la más favorable. Su posición, más consecuente con los postulados liberales a los que pertenecía, se deja ver en el siguiente extracto de la carta ya citada:

Los católicos sinceros y amantes de la Iglesia, como tales, y en general los colombianos, tenemos la obligación de impedir el arraigo de la impostura según la cual el país estaría dividido por antagonismos religiosos. No nos faltaba más. ¿De dónde habríamos de sacar tales pugnas? De las religiones indígenas no quedaron vestigios (Solano, 1933: 9).

En las últimas líneas de *La melancolía de la raza indígena* Solano advierte del poder aglutinador que la iglesia posee y de la alta influencia que podría ejercer en llevar a cabo su proyecto nacionalista. Tal vez por eso adopta una actitud que no había revelado antes clamando por la intervención de la iglesia con su “sentimiento religioso” como base indispensable del nacionalismo que él promulgaba. En otra de las cartas dirigidas a Casas ya había señalado algo parecido:

Aprovechemos la ocasión para dar una voz de alarma hacia el doble peligro que en estas horas y en comarcas tan dignas de vigilancia corre en el que usted con tanta justicia llama “factor primordial” de nuestra nacionalidad, es decir, la “unidad religiosa de nuestro pueblo” la que “sería una torpeza dejar disminuir” por aquel ácido corrosivo anticolombianista, y bendigamos una vez más la obra civilizadora y colombianizante de nuestros misioneros, desconocida o mal apreciada en recientes publicaciones (Solano, 1933: 36).

Para Solano, el tratamiento que se le dé a la condición del indígena no es un asunto periférico. Por el contrario, recubre capital importancia. En otro momento de su producción literaria al comentar el libro de Antonio García, *Pasado y presente del indio*, se constata el lugar que le concede Solano a la realidad indígena en el acontecer nacional. Luego de alabar el ensayo de García por su laboriosidad y relevancia para el país, señala tajantemente: “del modo como tal problema se resuelva o los métodos más o menos artificiosos que no se adopten para no

resolverlo, depende la suma de verdad que haya en la existencia y en la marcha de nuestras democracias” (Solano, 1939: 122). Evidentemente, para Solano la cuestión indígena no consistía en un asunto de moda literaria o intelectual, sino punto fundamental para la adecuada marcha del país. Solo que su vocación, como hombre de letras, le orientaba a actuar con la pluma. En dicha vocación puede distinguirse un papel activo y otro contemplativo del escritor. En cuanto al primero, Solano insta, a través de su escrito, a preguntarse por “el destino de nuestra raza”, por las “características de nuestro pueblo, de nuestra escasa población indígena y del innumerable mestizaje” (1972: 53). En cuanto al segundo papel, son justamente las evocaciones a esa imagen recurrente de la melancolía las que le permiten configurar todo su escrito. Es, en definitiva, un claro caso de lo que sentencia Weinberg: “El ensayo se nutre de las operaciones de indagación y reflexión sobre la realidad por parte del sujeto” (1999: 162).

Algunos críticos de Solano le acusaron de querer perpetuar el pasado y no dar lugar al progreso¹⁵. Proponían que “melancolía” se podía sustituir por términos como “explotación”, “dependencia”, o “subdesarrollo”. Cobo recoge algunas de esos señalamientos pero defiende a Solano como alguien que conocía hondamente “la vida cotidiana de sus paisanos, con todo lo que hay en ellos de quietud resignada y de mutismo inalterable” (1979: 56). Para Caballero ese conocimiento profundo del campesino es fruto de la combinación de esa “alma campestre y espíritu urbano” (1972: 9). El “lirismo rústico que soplaba en la gracia ultracivilizada de su prosa verbal y escrita” (9) se debe a que en el fondo Solano era “un campesino de veras” (9).

Como se ha observado, la escritura de Solano logró en sus contemporáneos una influencia inusitada. Con alcances de diferente envergadura lo cierto es que en diversas capas sociales y en grupos heterogéneos, impulsó la reflexión en la interpretación del devenir nacional hasta intervenir en procesos educativos, políticos y económicos de la nación.

¹⁵ Véase, por ejemplo, la mordaz crítica de Jaime Paredes a propósito del atraso que, según él, significó haber exaltado el ser melancólico de la raza indígena (Cfr. Paredes, 1945: 435-438). Así mismo, se puede confrontar la acérrima defensa que hace Vidales (1940) para que se deje de exaltar la melancolía indígena como elemento aglutinador de la nación y más bien dar lugar a la realidad que como “la cuestión del indio no parte del indio hacia nosotros, sino que debe partir de nosotros hacia el indio” (Cfr. Vidales, 1940: 230).

Conclusiones

Finalicemos reuniendo el estudio hasta aquí hecho de la obra de Solano y su relación con la interpretación del ser nacional.

Hemos dicho que diferentes autores convergen en las décadas de 1920 y 1930 con el ánimo de proponer una interpretación del ser nacional en clave indígena. Sus voces no son homogéneas, no siempre fueron de igual calidad artística ni tampoco de alcances equiparables. Si bien en conjunto significaron una tendencia claramente identificable, los matices que individualmente presentan son abundantes. Abordamos la vida de Armando Solano, representante criollo de dichos autores, y su obra, *La melancolía de la raza indígena*, destacando, a nuestro modo de ver, su gran acierto: plantear su interpretación del ser nacional privilegiando esa esencia sombría, lúgubre y pausada que heredamos de nuestros antepasados indígenas.

Si bien la propuesta de Solano de interpretación del ser nacional, encuadrada en su obra *La melancolía de la raza indígena*, no ha sido la única indagación que en nuestro continente se ha realizado, sí es una que da cuenta del arduo trabajo que significó entender lo “americano” en nuestros ensayistas. Se ha resaltado aquí a Solano como uno de los autores que demuestra en su obra cualidades artísticas, una concepción del ensayo como literatura, claros matices tratadísticos y un aporte valioso a la tradición que indaga por qué es lo *americano*.

Es posible enmarcar la propuesta que Solano hace en *La melancolía de la raza indígena* en lo que Chiampi ha denominado “utopismo con fundamento autóctono del indigenismo” (1985: 152). En tal sentido, los sentimientos, valores y actitudes que Solano subraya en la raza indígena, y que han sido heredados al alma boyacense, intentan plasmar una tensión constante entre el pesimismo hispanoamericano propio de la primera mitad del siglo XX y la idea insistente de que en el futuro inmediato se encuentra la solución de los problemas más urgentes (Ocampo, 2001: 35). Aunque son pocos los que han notado esa reciprocidad, en nuestra opinión, el texto de *Melancolía de la raza indígena* logra equiparar un valor como constitutivo de una raza y, por extensión, de una nación.

Finalmente, los límites impuestos en el trabajo imposibilitaron abordar aquí la manera en que cada uno de los escritores del veinte y el treinta aprovechó las posibilidades que el “sustrato indígena” les ofrecía. Sin embargo, hemos ahondado en una de ellas: la conciencia de la

diferencia. Posteriores investigaciones podrán plantearse la revisión de otros factores que se consideren pertinentes para la interpretación del ser nacional en la obra de Armando Solano, así como la revisión de otros autores en cuyos escritos sea posible rastrear la misma preocupación. Llegado el momento, la sistematización de diversas reflexiones permitirá una visión de conjunto que pueda dar cuenta de manera panorámica del fenómeno aquí señalado.

Referencias a la obra de solano

- Solano, Armando. (1983). *Paipa mi pueblo y otros ensayos*. Bogotá: Banco de la República.
- _____. (1980). *Glosas y Ensayos: 1923-1945*. Bogotá: Colcultura: Instituto Colombiano de Cultura.
- _____. (1972). *La melancolía de la raza indígena*. Bogotá: Impresiones Banco Popular.
- _____. (1943). “Tres conceptos sobre la cultura Colombiana”. En: *Sábado*. Núm. 11. Septiembre 25. p 2.
- _____. (1945). *Colombia país de ciudades*. Bogotá: Antena.
- _____. (1939). “Pasado y presente del indio”. En: PAN (Bogotá). Núm. 31. (Jun.).
- _____. (1936). *Candillos liberales*. Bogotá: Renacimiento.
- _____. (1935). “Luis C. López”. En: El Bodegón: Revista de literatura y buen humor. Vol. 14, Núm. 269. (Dic).
- _____. (1937). *Prosas*. 3º Ed. Bogotá: Minerva
- _____. (1933). *Cartas entre Armando Solano y José Joaquín Casas sobre religión e intervención del clero en la política*. Bogotá: Minerva.
- _____. (1929). *Admirable conferencia de Armando Solano sobre los campesinos*. Popayán: Tipografía la Perla.
- _____. (1928). “Homenaje a José Asunción Silva”. En: Revista Universidad. Núm. 106. Nov.
- _____. (1922). *Convención de Ibagué*. Bogotá. Editorial de Cromos.
- _____. (1921). “La crítica”. En: *Sábado*: revista semanal. Vol. 01, Núm. 07. (Jun 18) p. 10.
- _____. (1907). *Apuntaciones sobre papel moneda*. Tesis de grado Universidad Republicana. Bogotá: Imprenta Colombia.

Otras referencias

Adorno, Theodor. (1962). “El ensayo como forma”. En: Sacristán, Manuel (trad.). *Notas de literatura*. 1ª ed. Barcelona: Ariel.

Auerbach, Erich. (1996). *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México: Fondo de Cultura Económica.

Arenas, María. (1997). *Hacia una teoría general del ensayo: Construcción del texto ensayístico*. La Mancha: Universidad de Castilla.

Bastidas, Carlos. (1998). *Melancolía de la raza indígena*. En: *Magazín Dominical El Espectador*. Núm. 795. (Agosto 9). p. 3-5.

Carpentier, Alejo. (2004). *La ciudad de las columnas*. Barcelona: Lumen.

Cobo, J. (1979) “Armando Solano”. En: *Boletín cultural y bibliográfico*, Vol. 16, No. 6, Bogotá p.54-57.

Correa, Ramón. (1951). *Historia de la literatura boyacense*. 2 Ed. Tunja. Imprenta del departamento.

Chiampi, Irlemar. (2006). “La historia tejida por la imagen”. En: *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica (México)*. Núm. 428 (Ago.) p. 22-23

_____. (1983). *El realismo maravilloso*. Venezuela: Monte Ávila.

Forero, Abelardo. (1944). “Armando Solano”. En: *Sábado*, Núm. 32. 19 de febrero. p. 1, 14.

Foster, David. (1983). *Para una lectura semiótica del ensayo hispanoamericano; textos representativos*. Madrid: Porrúa.

Giraldo, Efrén. (2012). *Negroides, simuladores, melancólicos: El ser nacional en el ensayo literario colombiano del siglo XX*. Medellín: Fondo Editorial EAFIT.

Gómez, Luis. (1981). *Teoría del ensayo*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

González, Roberto. (2000). *Mito y archivo: Una teoría de la narrativa latinoamericana*. 1ª ed. México: Fondo de Cultura Económica.

Landírez, Vicente. (2003). *Síntesis panorámica de la literatura boyacense*. Tunja: Publicación de la Academia Boyacense de Historia.

Leal, Luis. (1970). *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica*. Toronto: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana - Universidad de Toronto.

Lukács, Georg. (1985). "Sobre la esencia y forma del ensayo". En: *El alma y las formas: Teoría de la novela*. Barcelona: Grijalbo.

Mariátegui, José Carlos. (2007). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. México: Editores independientes.

Martí, José. (2005) "Nuestra América". En: *Nuestra América*, Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Ocampo, Javier. (2001). *El imaginario en Boyacá: La identidad del pueblo boyacense y su proyección en la simbología regional*. Vol. 1 y 2. Bogotá. Centro de investigaciones Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Paredes, Jaime. (1945). "Sobre la llamada Melancolía de la raza". En: *Revista de las Indias*. Vol. 24, Núm. 78 (Junio), Bogotá, p. 435-438.

Reyes, Alfonso. (2004). "Visión de Anáhuac (1519)". En: *Visión de Anáhuac y otros ensayos*, México: Fondo de Cultura Económica.

Robles, Martha. (1996). *Entre el poder y las letras: Vasconcelos en sus memorias*. México: Fondo de Cultura Económica.

Rodó, José. (1900). *Ariel*. Montevideo: Imprenta de Dornaleche y Reyes.

Sarmiento, Faustino. (1974). *Facundo* 6ª ed. Buenos Aires: Losada.

Torres, Oscar. (1991). "Sábado: crónica de un semanario democrático". En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Número 27, Volumen XXVIII.

Vasconcelos, José. (1925). *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viajes a la América del Sur*. Madrid: Agencia Mundial de Librería.

Vidales, Luis. (1940). “Ubicación antisentimental del indio”. En: *Revista de las indias*. Vol. 4, Núm. 15, (Marzo), Bogotá, p. 224 – 231.

Villegas, Silvio. (1939). “Tunja o la melancolía”. En: *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*. Vol. 34. Núm. 331-333. (Jun. – Ago.), Bogotá, p. 339-342.

Weinberg, Liliana. (1999). “Ensayo, cultura e identidad latinoamericana”. En: Zea, Leopoldo; Magallón, Mario (Comp.). *Latinoamérica, Economía y Política*. México: Fondo de Cultura Económica.

Zorrilla de San Martín, Juan. (2005). *Tabaré*. Décima reimpresión. México: Editorial Porrúa.